

COMUNICACIÓN PARA LA CONVIVENCIA

Serie «Estudios para la paz», 37

FUNDACIÓN
SEMINARIO DE INVESTIGACIÓN PARA LA PAZ



MIRA EDITORES

7. COMUNICACIÓN EN LOS CONFLICTOS Y CULTURA DE PAZ





CRISIS HUMANITARIAS: VISIBILIZAR A LAS VÍCTIMAS

JEAN-PAUL MARTHOZ

Periodista en Le Soir. Ensayista.
Profesor en la Universidad Católica de Lovaina



El marco de esta ponencia

He trabajado cincuenta años en la información sobre crisis y conflictos. Como periodista, en la gran prensa *mainstream* cuando cubrí, por ejemplo, guerras civiles en América Central. Me identifiqué también como periodista cuando estaba con organizaciones de derechos humanos como Human Rights Watch, dado que la misión de investigar en estas organizaciones era, esencialmente, informar según criterios periodísticos, para después poner esta información al servicio de la incidencia. La separación entre las misiones de investigar y de informar, por un lado, y de comunicar y realizar incidencia, por el otro, las diferencia de las políticas clásicas seguidas por ONG humanitarias donde comunicación e información se ponen al servicio de los objetivos de la organización.

Hablaré, por lo tanto, desde la perspectiva del periodista. Incluso si se asemejan mucho las funciones del periodista y del comunicador, si se utilizan las mismas técnicas y los mismos canales, si la comunicación puede responder a los criterios de la información e incluso si muchas veces periodistas y humanitarios están del mismo lado y con las víctimas, sus trabajos se mueven en esferas paralelas y, a veces, antagónicas.

Autonomía

En su forma ideal, el periodismo se inspira de las ideas de autonomía, de exigencia y de deber de independencia con respecto a todos los agentes de la información implicados en una crisis, incluyendo organizaciones, actores estatales, corporativos y agencias humanitarias.

Muchas veces, periodistas y trabajadores humanitarios se entienden y colaboran: los periodistas buscan información, experiencias, contactos e incluso apoyo logístico, mientras que los humanitarios buscan

publicidad mediática para llegar al gran público. Sin embargo, la relación no siempre es armoniosa. Puede haber incomprensiones, tensiones y desacuerdos entre comunicadores humanitarios y periodistas, incluso cuando comparten, como seres humanos, las mismas visiones sobre tragedias humanitarias y violencias.

Las ONG tienen como primer objetivo ayudar a las víctimas y, dentro de este objetivo, el relato de los hechos es una herramienta para obtener resultados y cambios. Para el periodismo, la información es el objetivo principal. Visibilizar a las víctimas en la prensa es una manera de cumplir a cabalidad su tarea de informar. Esto no significa que los medios no puedan realizar campañas de solidaridad con las víctimas de una crisis o abogar por unas políticas similares a las de las ONG; no obstante, el hacerlo no las define como define a los actores humanitarios.

El nuevo ecosistema de la información

La decisión de visibilizar a las víctimas se inserta dentro de un ecosistema informativo que fija parámetros y normas. En los últimos años, este sistema se ha caracterizado por la multiplicación de actores y por la proliferación de flujos de información y desinformación que, a la vez, enriquecen y complican la misión del periodismo, amplían o constriñen su autonomía y ponen a prueba las reglas profesionales y la ética periodística. Esta profusión de fotos, videos, datos y mensajes de los *information doers* según la expresión de Nik Gowing (2009) de la BBC, que incluye a los mirones y a los periodistas ciudadanos, pero también a las instituciones estatales con sus estrategias de influencia, a las ONG y las empresas con sus políticas de comunicación y múltiples oficinas de información y desinformación con maniobras solapadas, crean un espacio gigantesco, confuso y, a veces, voluntariamente caótico. En él, al lado de informaciones pertinentes y veraces, circulan noticias falsas, rumores, teorías del complot y fotos robadas o manipuladas que pueden llevar a la prensa a cometer todavía más errores o faltas que en el ecosistema anterior, antes de la existencia de Internet (Fralon, 2019; Caparrós y Morales, 2020).

¿Cómo visibilizar a las víctimas, respetando los criterios de dignidad, humanidad y realidad, cuando hay decenas de miles de fotos, videos, datos y comentarios que circulan en Instagram, WhatsApp o YouTube? ¿Cómo competir con ellas en el mercado de la información sin tener la tentación de incumplir, como ellas, las normas éticas profesionales?

Este nuevo entorno informacional supone nuevas prácticas: la formalización del *fact-checking* (verificación de los hechos) y el dominio de nuevas competencias numéricas, como las *Open Source Intelligence* (OSINT), que incluye la búsqueda de datos y hechos en las llamadas «fuentes abiertas», como los satélites comerciales y las redes sociales, entre otros. Pero, sobre todo, y eso no es nuevo, requiere una doctrina editorial firme inspirada en una filosofía del periodismo fundada en el interés público y en la responsabilidad social. Un periodismo, parafraseando a Rosa María Calaf en su prólogo a *Balas para todas*, «más interesado en lo que importa que en lo que impacta» (Calaf, 2021: 11). Como sabemos, no todos los medios comparten esa doctrina.

Por otra parte, las dificultades económicas de muchos medios complican su autonomía; entorpecen una toma de decisiones basada en los criterios habituales o ideales del periodismo y limitan la asignación de reportajes (qué crisis cubrir, sabiendo que cuesta mucho ir al terreno de los conflictos), su duración y la política visual (compra de fotografías originales o de *stock pictures* e imágenes libres de derechos), etc. Con las complicaciones económicas también tiende a aumentarse la práctica de los reportajes publicitarios, el recurso a *freelancers* precarios y multitarea y la subcontratación de los análisis de la crisis a expertos exteriores, que pueden tener su propia agenda y sus propios sesgos.

Las disrupciones en el ecosistema informativo han cambiado las relaciones entre periodistas y humanitarios. Las innovaciones tecnológicas y el auge de las redes sociales han dado a los humanitarios la capacidad de comunicarse directa y ampliamente con su público, sin pasar por los grandes telediarios o la gran prensa. Así, los trabajadores humanitarios se han vuelto más autónomos, manejando su propia producción informativa y escapando, en parte, si lo encuentran pertinente, a los filtros que los medios tradicionales aplican a la comunicación de

las organizaciones o instituciones. En otras palabras, en el pasado reinaban los llamados *legacy media* (medios tradicionales) que actuaban como *gatekeepers* (guarda-barreras) de la información. En la actualidad los humanitarios tienen más capacidad que antes para decidir la manera de dar visibilidad a las víctimas según sus propios criterios y objetivos, sin depender tanto de una gran prensa que, hasta un cierto punto, responde a otras reglas, motivaciones e exigencias (Powers, 2018).

En los últimos años, vemos también políticas de comunicación oficial más estrictas que han afectado la libertad de informar sobre conflictos y crisis. El control de la narrativa es un objetivo primordial, una obsesión, de las autoridades militares y civiles, que impulsan políticas de comunicación y censura para asegurar mensajes e imágenes más inocuos.

En este gran juego que hace parte de las estrategias militares y políticas de los Estados, incluso de los Estados democráticos, las víctimas juegan, involuntariamente, el papel de peones.

Además, las zonas prohibidas se han multiplicado en los últimos años. El asesinato de dos periodistas españoles, el reportero David Beriain y el cámara Roberto Fraile, el año pasado en Burkina Faso lo confirma trágicamente. Desde el Sahel hasta las zonas silenciosas de los narco-estados de México o Afganistán, ejércitos, grupos armados o bandas criminales, han cerrado el acceso a la prensa y a las ONG. La peligrosidad de los reportajes, el riesgo de secuestro, detención y asesinato, disuaden a muchas redacciones de realizar coberturas en ciertos territorios y, por lo tanto, cercenan la cobertura periodística de acontecimientos y fenómenos dejando a la población civil de zonas en situación de violencia y conflicto armado abandonada y sin visibilidad. Muchos Estados, cuando están bajo presión, cierran también sus fronteras a la prensa internacional y cortan el acceso a Internet, como es el caso actualmente en Irán y en Myanmar (Birmania), un país que el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos calificó en junio de 2022 de «dictadura digital» (ACNUDH, 2022).

Este hermetismo en zonas enteras del mundo supone una restricción preocupante de la labor periodística de visibilizar a las víctimas fuera de los marcos narrativos que los actores privados o paraestatales

quieren imponer. Esto es grave, pues la lucha por la libertad de prensa no es un compromiso corporativo, sino que concierne a todos los actores humanitarios que se comprometen con las víctimas. En este sentido no es casual que Reporteros Sin Fronteras naciera a la sombra de una institución humanitaria, Médicos sin Fronteras, en 1985.

Los medios y las víctimas

El periodismo está intrínsecamente relacionado con la cobertura de dramas humanos: guerras, hambrunas, masacres, dictaduras, terremotos, huracanes, inundaciones, epidemias, accidentes industriales. Y las víctimas han ocupado un espacio significativo en la cobertura de estas crisis. En este sentido, a continuación, describiré los vínculos entre medios de comunicación y víctimas a través de varias coberturas del periodismo contemporáneo.

Una guerra, la de Crimea en la segunda mitad del siglo XIX, fue el acto de bautismo de la corresponsalía de guerra anglosajona. El enviado especial del diario *The Times* de Londres, William Howard Russell, estuvo empotrado con los ejércitos aliados, británicos, franceses y otomanos en la guerra contra Rusia. Su cobertura se distinguió no solo por su independencia en relación a los altos mandos del ejército británico sino también por la visibilidad que dio a las víctimas, en este caso, a los soldados rasos británicos diezmados por enfermedades como el cólera y la disentería y por las heridas de guerra que una política militar responsable habría podido evitar. Sus reportajes tuvieron un impacto considerable y el imperio británico se vio impelido a organizar el acompañamiento sanitario de las tropas. Es esta la época de la célebre enfermera Florence Nightingale y de la formación de un verdadero servicio enfermero militar, antes incluso de la Cruz Roja creada en 1863 por Henry Dunant, después de la indignación que le suscitó la batalla de Solferino en 1859.

Este ejemplo confirma el vínculo entre visibilización de las víctimas y los cambios en las políticas oficiales desde los inicios de la corresponsalía de guerra. De allí en adelante esta ecuación va a inspirar a una

parte de la prensa, ansiosa por intentar paliar el sufrimiento de las víctimas con sus testimonios y sus reportajes. Esta fue la misión que se dio el «príncipe de los reporteros franceses», como era conocido Albert Londres, cuando investigó los presidios en Cayena (Guyana francesa) o en África del Norte, en los años 1920. Se entrevistó con los presos y mostró los procesos «victimizantes» por los que pasaban: desde el sadismo de los guardias a la arbitrariedad del sistema judicial.

Ucrania en los años 1930 fue uno de los ejemplos más icónicos del periodismo como instrumento de visibilización de las víctimas cuando el periodista galés Gareth Jones y Malcom Muggeridge del *Manchester Guardian* revelaron la magnitud de la hambruna organizada por el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD, por sus siglas en ruso), la policía política soviética en la época de Stalin; un hecho que fue negado por las autoridades, con la ayuda vergonzosa de reporteros y corresponsales extranjeros, entre ellos, el corresponsal del *New York Times*, Walter Duranty. Hoy día, el cerco de silencio tejido en torno al Holodomor, el genocidio por el hambre, sigue alimentando la conciencia nacional ucraniana... y la mala conciencia de los periodistas estadounidenses, que a principios de los años 2000 pidieron que se retirara el premio Pulitzer a Duranty sin éxito¹.

Más recientemente, en 2003-2004, en Darfur, la movilización de la comunidad internacional, cuya atención estaba absorbida por la guerra en Irak, solo empezó cuando, a principios del año 2004, algunos corresponsales de grandes medios internacionales como el *Washington Post* y *Le Monde*, entre otros, lograron recorrer las extensiones desérticas del Oeste de Sudán y publicaron reportajes impactantes sobre la miseria de la población hostigada por el ejército sudanés y sus milicias. Sin embargo, pasaron unos meses más, hasta abril de este mismo año, para que la cobertura tomara mayor amplitud. De repente la conmemoración del décimo aniversario del genocidio en Ruanda, bajo el lema de «Nunca más», multiplicó el impacto de esta información porque el genocidio de

1 La Junta del Premio Pulitzer sacó un comunicado en el año 2003, criticando el periodismo de Duranty pero negándose a crear un precedente al retirar el premio. <https://www.pulitzer.org/news/statement-walter-duranty>

1994 se había caracterizado por la ausencia de gran parte de la prensa internacional y por la rareza de imágenes de víctimas. «Se diría que la prensa internacional no envía reporteros a cubrir genocidios. Cubre los aniversarios de genocidios», ironizó la directora de comunicación de Human Rights Watch, que desde hacía meses había venido documentando la crisis de Sudán, gritando en el vacío (Bogert, 2004).

Ruanda y Darfur plantearon de manera muy clara la necesidad de visibilizar a las víctimas, de practicar una forma de periodismo más activo y de pasar del simple papel de *bystander* (espectador) al de *upstander* (interventor), como lo explica Samantha Power, la actual directora de USAID en sus memorias, *The Education of an Idealist* (Power, 2020). La exembajadora de Barack Obama ante las Naciones Unidas contrastaba las diferentes implicaciones entre «levantarse» para prevenir un genocidio y «quedarse al lado», observando.

La responsabilidad de informar

Muchos periodistas concluyeron de estas experiencias que tenían que practicar un periodismo comprometido, ser *upstander*, lo que no significa ser partidarios de políticas y bandos de izquierda o de derecha como en guerras previas, sino más bien desarrollar un periodismo empático con las víctimas. El veterano de la BBC, Martín Bell, que cubrió el asedio de Sarajevo (1992-1996), acuñó la fórmula del *journalism of attachment* (Bell, 1996), es decir, una suerte de periodismo apegado y situado. Por su parte, los periodistas que cubrieron Bosnia o África Central estaban convencidos o quisieron convencerse de que la difusión de imágenes de víctimas podía forzar a la comunidad internacional a hacer algo, incluso a intervenir militarmente. «Por desgracia, la CNN no estaba en Ruanda —dijo un ministro canadiense—. Si hubiera estado, quizá se habría podido evitar el genocidio» (Livington y Musabende, 2019: 557).

Fue un debate intenso en los años 1990 y 2000, muy polémico porque se refería al derecho de injerencia o de intervención y a los riesgos de instrumentalizar el sufrimiento humano por parte del poder y sus

estrategias. No obstante, se impuso en una parte de la prensa la idea de que la información sobre una crisis podía contribuir a detener la violencia o a desatar iniciativas de socorro y solidaridad.

En la Cumbre Mundial de la ONU en 2005, todos los jefes de Estado y de Gobierno subscribieron la responsabilidad de proteger a las poblaciones frente al genocidio, los crímenes de guerra, la depuración étnica y los crímenes de lesa humanidad. Paralelamente, ONG, académicos y periodistas quisieron añadir a este famoso *Responsibility to Protect* (R2P) el «deber de informar», con la idea de que la información temprana sobre las crisis emergentes podía frenar los procesos de violencia y, en último término, impedir la comisión de actos de genocidio. Esta reflexión, hecha a raíz de los genocidios en los Balcanes, Ruanda y Darfur, entroncó con los debates, cincuenta años después de la Segunda Guerra Mundial, sobre el Holocausto y el papel que jugó o no la prensa en informar para prevenir. El libro *Why didn't the Press Shout? (¿Por qué la prensa no gritó?)*, editado por Robert Moses Shapiro en el año 2003, ofrece una idea de las preguntas en torno al silencio que acompañó al genocidio de los judíos en Europa.

Años más tarde, a pesar de la conciencia de que el «efecto CNN» es muchas veces ilusorio, autores como el canadiense Allan Thompson (2019) o el británico Simon Cottle de la Universidad de Cardiff University, han teorizado sobre esta responsabilidad. Hablan de una *injunction to care*, el mandato de cuidar, que sitúan antes del estallido de la violencia, identificando señales de alerta e indicios que pueden anunciar el deterioro y la aceleración de una crisis cuando todavía se puede mitigar la tendencia a la violencia. Consiste, en cierta forma, en «visibilizar» procesos sociales y políticos cuando son confusos y están por debajo del radar de la prensa internacional.

Las crisis mal cubiertas

La prensa no ha tenido siempre un papel estelar en la manera en que ha informado sobre las crisis humanitarias. Por muchas razones: rutinas editoriales, falta de interés en crisis alejadas, racismo, etnocentrismo,

pereza, incompetencia, sumisión a los intereses de sus dueños y enfoques de sus gobiernos...

Un estudio de la historia de la cobertura periodística de las crisis permite identificar tendencias, reflejos, errores y abusos recurrentes en las decisiones editoriales y en la selección y jerarquía de las noticias, así como en el tono, en el marco narrativo de los reportajes y en la ética de las prácticas periodísticas. Una de las fallas periodísticas habituales es el silencio y la negligencia. Está relacionada con las llamadas crisis olvidadas, una plaga que afecta el periodismo, cuyos criterios de selección de las noticias y de intensidad de la cobertura tienden a privilegiar una visión «occidentocéntrica», a dejarse guiar por los acontecimientos y a sufrir rápidamente de lo que Susan D. Moeller, profesora en la Universidad de Maryland, llama la «fatiga de la compasión» (Moeller, 1999). Es decir, cuando una crisis se alarga, cuando está ligada a largos conflictos internos, a procesos lentos, como los procesos de paz, o a tendencias de fondo, como los flujos migratorios, llega un momento en que la mayor parte de la prensa se aleja, a veces de manera brusca. Después de un tiempo, ciertas crisis desaparecen de las noticias. El tema que ha movilizó a batallones de periodistas se desvanece y solo suscita de vez en cuando unas menciones cortas y generales que ya casi no incluyen a las víctimas, sino cifras y estimaciones frías.

La ONU y distintas ONG como Médicos Sin Fronteras y CARE han tratado de contrarrestar esta rutina mediática con la publicación de la lista de las crisis olvidadas o infravaloradas del año (Cruz Roja, s.f.), pero es muy difícil ir en contra de prácticas periodísticas tan ancladas en una profesión adicta al *breaking news* (las noticias de última hora) y atenta, por razones comerciales, a lo que se define como «las expectativas» de un público cambiante y frívolo.

Hay crisis prioritarias, definidas por la implicación y los intereses de las grandes potencias o por los criterios que animan a los grandes medios, como la presencia de connacionales entre las víctimas o entre las unidades de socorro. Algunos recordaran las controvertidas observaciones del Secretario general de la ONU, Boutros Boutros Ghali, cuando lamentó, en 1992, «la concentración de tanta atención y de tantos recursos en los problemas de Yugoslavia, a expensas de la capacidad

de la ONU de resolver conflictos tan crueles y peligrosos como en Somalia» (*Le Monde*, 1992). La diferencia entre la manera en que hoy se cubre la guerra en Ucrania y la guerra que asola a Etiopía en la región del Tigré también nos interpela. En octubre del año 2022, el *New York Times* hablaba de una «guerra escondida» para referirse a esta última (Walsh, 2022).

Un mundo a dos niveles

En la evaluación de estos conflictos prevalecen criterios como la proximidad. Es la ley del «kilómetro sentimental»: «una víctima en mi pueblo merece más espacio que 1000 en Nigeria». La distancia no es meramente geográfica. La «proximidad» se define también por factores culturales, religiosos, étnicos, y por las repercusiones geopolíticas del conflicto.

Es un hecho que, en el mundo de las noticias internacionales, unas personas reciben más respeto y atención que otras. Hay una «geografía del mundo inútil», decía Pierre Conesa en 2001 en *Le Monde diplomatique* (Conesa, 2001). En consecuencia, hay «poblaciones inútiles», que el periodista de izquierda australiano John Pilger llama los *unpeople*, la «no-gente», los sin poder. Muchas veces ignorados por la prensa.

En marzo, en una columna para CNN, unos días después de la agresión rusa contra Ucrania, la periodista de Nigeria Moky Makura se escandalizó de que sus colegas dejaran pasar unas declaraciones como las del Fiscal Adjunto de Ucrania: «para mí es muy emotivo porque veo a gente europea con ojos azules y pelo rubio siendo asesinada», dijo este alto funcionario. «No se trata realmente de lo que dijo sino de lo que implicó: que no todas las vidas humanas tienen el mismo valor», se indignó Moky Makura, refiriéndose a la noción de igualdad y de universalidad de los derechos humanos (Makura, 2022). Esta diferencia en la atención a diferentes conflictos tiene consecuencias no solo sobre la percepción y la importancia de las víctimas, sino también sobre el tipo y el volumen de ayuda que recibirán los damnificados e incluso sobre la intensidad de los esfuerzos de la comunidad internacional para buscar

una solución de fondo a determinadas crisis, por la confrontación o la mediación.

El lado oscuro de la «visibilidad»

La visibilidad de las víctimas, herramienta de las acciones humanitarias y de solidaridad, se enfrenta a versiones rivales de la representación. Entramos en zonas turbias donde la visibilidad de las víctimas se convierte en un instrumento de su explotación y de sus tormentos. Como en el gueto de Theresienstadt (ex Checoslovaquia) durante la Segunda Guerra Mundial, cuando la visibilidad sirvió a los SS para presentar una «colonia judía modelo» con vistas a engatusar al Comité Internacional de la Cruz Roja que lo visitó en junio del 1944. Se instalaron tiendas ficticias, un café, un banco, una escuela y un parvulario, macizos de flores, se planificaron y filmaron cuidadosamente los encuentros de los delegados con los detenidos judíos (Yad Vashem, s.f.). Poco tiempo después de la visita, los «actores» judíos fueron mandados a Auschwitz-Birkenau y ejecutados.

Algunos actores de la violencia, en particular regímenes totalitarios o grupos extremistas, utilizan las imágenes de las víctimas muertas, mutiladas o descabezadas, en su estrategia de poder, como un arma de terror e intimidación. Sergio González Rodríguez lo describe de manera espeluznante en su libro *El hombre sin cabeza*, «una investigación sobre las decapitaciones que realizan los sicarios del tráfico de drogas en México, o los fundamentalistas musulmanes, ambas difundidas por Internet u otros medios... una investigación sobre el uso de los cuerpos de las víctimas como mensajes crueles de gran alcance» (González Rodríguez, 2009) para aterrorizar a sus rivales, a la población y al Estado. Una estrategia que una cierta prensa, en especial la que practica sin límites la «nota roja», facilita.

La visibilización de las víctimas puede servir, también, a la propaganda, a veces de manera perversa, como lo ilustró el fotoperiodista francés Gaston Chéreau, durante el conflicto ítalo-otomano en Libia (1911-1912) (Schill, 2018). El corresponsal de guerra del diario *Le Matin*

tomó fotos de soldados italianos mutilados por rebeldes turco-árabes y, un poco más tarde, en una secuencia organizada por el ejército italiano, de libios degollados después de un «juicio» italiano. Como señalan Jérôme Ferrari y Olivier Rohe, las primeras fotos «sirven para denunciar un comportamiento bárbaro, de Árabes que no vacilan en torturar y mutilar, mientras que las otras sirven a alabar la serenidad inalterable de la Justicia, el rigor tranquilo de la civilización frente a la efervescencia desordenada y sangrienta de la barbarie» (Ferrari y Rohe, 2015:29-30)“.

Visibilizar para humillar y destruir

Hay una visibilidad de las víctimas que se asemeja a lo que el filósofo y semiólogo francés Régis Debray calificó de «pornografía bélica». Una forma de periodismo anti humanista, que niega a las víctimas la dignidad que merecen como seres humanos, a través de la «exhibición de los cadáveres y la sobrepuja de los impudores».

La calificación de pornografía a la que se refirió Régis Debray se aplica de manera especialmente pertinente en los casos de los llamados *trophy videos* («los videos trofeo») que organizan la visibilidad para celebrar la brutalidad y la inhumanidad. En casi todas las guerras, ha habido soldados que se han fotografiado en posiciones ultrajantes de torturadores y de asesinos al lado de sus presas. La lista de estas fotos es espantosa, desde las fotos de nicaragüenses decapitados durante la intervención estadounidense contra el líder nacionalista liberal Cesar Sandino hasta fotos de atrocidades cometidas por miembros del grupo Estado islámico en Siria o en Irak o por parte del régimen sirio, con la espantosa serie de fotos de presos ejecutados contenida en la Operación César (La Caisne, 2015).

Durante la Segunda Guerra Mundial, miembros de las unidades de exterminio SS tomaron fotos de sus atrocidades durante lo que Timothy Snyder llamó «la Shoah por balas en tierras de sangre»: de mujeres fusiladas a quemarropa, de SS sonrientes posando con soberbia al lado de cadáveres alineados según la «técnica de las sardinas», pies contra cabeza. El documental de Michaël Prazan en 2009 sobre los Einsatzgruppen,

los comandos de exterminio nazi en Europa del Este y la URSS, es un testimonio aterrador de esta forma de *atrocit*y porn (pornografía de lo atroz) (Levy-Willard, 16 de abril 2009).

Miembros de ejércitos de países democráticos también recurren a estas atrocidades. En 2011, un pelotón del ejército estadounidense en Afganistán fotografió la ejecución de acciones que suponían la violación de catorce leyes de guerra y las difundieron entre colegas como trofeos. El Pentágono desplegó enormes esfuerzos para tratar de recuperarlas, por miedo a que desataran un escándalo tan fuerte como el de las fotografías de la prisión de Abu Graib en Irak, otro ejemplo de visibilización sádica de las víctimas (Redacción *Rolling Stone*, 2011 y Boal, 2011).

En otro contexto, sobre otro tema, el de la migración forzada y masiva, la visibilización de las víctimas también puede ser un instrumento utilizado para negar su humanidad. Las imágenes de migrantes pueden ser seleccionadas y encuadradas con el objetivo de crear miedo y rechazo y promover la falta de asistencia y auxilio y que se les mantenga al otro lado de las fronteras.

Los intentos de invisibilizar a las víctimas

La invisibilidad de las víctimas puede proceder de decisiones y de negligencias periodísticas, pero también de estrategias estatales. Muchos perpetradores de atrocidades tratan también de esconder sus fechorías, de practicar la «lupara blanca», como se dice en los círculos mafiosos para referirse a los crímenes en los que se hace desaparecer a las víctimas o se busca atribuir su ejecución a los otros, a los enemigos. Los intentos de los franquistas de achacar a los «rojos» el bombardeo de Guernica han sido documentados y desmentidos gracias a la presencia de corresponsales de guerra internacionales en el sitio inmediatamente después del bombardeo. Igualmente, los agentes del NKVD soviético impidieron la toma de fotos de la masacre de Katyn, la ejecución de miles de oficiales y prisioneros de guerra de la intelectualidad polaca en 1940, una masacre que atribuyeron a los nazis. La Unión Soviética solo reconoció su responsabilidad en 1990 bajo Mijaíl Gorbachov.

Los Nazis también trataron de esconder lo que pasaba en los campos de exterminio y lo lograron en gran parte, incluso si un buen número de medios, como *The Daily Telegraph*, y de periodistas, como I.F. Stone y Varian Fry, lanzaron alertas en 1942. Como explica Jonathan Friedland cuatro personas lograron escaparse de Auschwitz en abril del 1944 para «avisar al mundo», pero muchos no creyeron sus testimonios o escogieron la ignorancia voluntaria (Friedland, 2022).

Estos ejemplos extremos subrayan la necesidad de un periodismo proactivo para informar sobre las víctimas escondidas y para obtener y difundir imágenes contra la voluntad de censura de los perpetradores. Desde las fotos del gueto de Varsovia tomadas en 1941 por el soldado alemán antinazi Joe Heydecker a los reportajes de Alma Guillermoprieto, Susan Meiselas y Ray Bonner en El Mozote (El Salvador) en 1981, donde el ejército masacró a centenares de civiles, pasando por las investigaciones de la agencia Reuters en 2018 que revelaron masacres en Myanmar (Heydecker, 1981 Nóchez, 2022; Chalmers, 2022), la visibilización de las víctimas supone muchas veces asumir riesgos inmensos para romper los cercos informativos.

Las controversias sobre los ataques químicos en la guerra civil de Siria o sobre crímenes de guerra en Ucrania han demostrado el reto que supone buscar la verdad y probar los hechos. Negar a las víctimas la verdad sobre la autoría de los crímenes que han sufrido, así como trastocar o difuminar las responsabilidades de los perpetradores son formas de perversidad que hieren su humanidad.

Países democráticos pugnan también por invisibilizar a las víctimas que complican sus políticas. «Quítenme estos niños negros de la pantalla», habría gritado el presidente estadounidense Lyndon Johnson, cuando, durante la guerra del Vietnam, activistas le pedían que los EE. UU. intervinieran en la guerra de Biafra. Era la época del nacimiento de Médicos Sin Fronteras con Bernard Kouchner que, decepcionados por la pasividad, discreción y neutralidad del Comité Internacional de la Cruz Roja, abogaban por la «estrategia del tam-tam mediático», para forzar a la comunidad internacional a intervenir. En el genocidio de 1994 contra los tutsis en Ruanda, la invisibilización de las víctimas y de las masacres debilitó también los esfuerzos desplegados por las ONG

como Human Rights Watch que pedían la intervención de la comunidad internacional y en particular de los EE. UU. La falta de videos, y como se dice, «si no hay video, no hay info», dio al Presidente Bill Clinton la posibilidad de descalificar la categoría de genocidio invocada por las ONG y de eludir la obligación de proteger que implica la Convención de 1948 para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio.

La voluntad de los Estados de esconder las fotos que empañan la reputación de sus soldados, que demuestran la comisión de actos contrarios a las leyes de la guerra o que revelan la amplitud y la gravedad de los llamados daños colaterales de bombardeos presentados como ataques quirúrgicos es permanente. Visibilizar a las víctimas significa por lo tanto investigar las declaraciones oficiales, ir al terreno, entrevistar y cotejar hasta establecer la versión más próxima de la verdad. Así lo hizo un equipo del *New York Times* en Irak y en Siria, demostrando que las cifras de pérdidas civiles publicadas por el Pentágono eran una grave subestimación. Esta investigación les mereció al principio la hostilidad de las autoridades, pero también el reconocimiento profesional del Premio Pulitzer, y finalmente llevó al Pentágono, bajo Joe Biden, a revisar las reglas de combate.

Una ética del respeto

Todos los códigos deontológicos definen desde hace décadas las normas de una cobertura ética de estas tragedias e incluyen las reglas que se deben respetar para con las víctimas. Y, sin embargo, las malas prácticas siguen, como si ciertos colegas no sacaran lecciones de la historia.

La ética periodística tiene tres pilares y uno de ellos es lo que los anglosajones llaman *minimizing harm*, es decir, reducir el daño que una noticia o una manera de presentarla pueda provocar y que abarca las nociones de responsabilidad y de respeto.

Algunos recordarán, quizá, esta frase: «¿Hay alguien aquí que haya sido violada y que hable inglés?». La fórmula es famosa y chocante. Verdadera o no, es el título que el corresponsal de guerra británico Edward

Behr, enviado especial de *Newsweek*, dio a sus memorias publicadas en 1978 (Behr, 1978), recordando una frase que se dice que se dijo durante los dramáticos acontecimientos de la independencia del Congo belga en 1960.

Refleja la manera en que cierta prensa visibiliza a las víctimas dentro de un concepto de la información que busca esencialmente la nota sensacionalista, según la regla del *When it bleeds it leads*, es decir, «cuando hay sangre, va a primera plana», una doctrina periodística atribuida a William Randolph Hearst, el barón de la prensa amarilla, que Orson Welles describió en su ilustre película Ciudadano Kane.

Al sensacionalismo se añade la diferencia de tratamiento del sufrimiento y de la muerte, según la nacionalidad o la condición social, étnica y religiosa de las víctimas. En todas las guerras, los cuerpos de los enemigos se exhiben con menos respeto que los de los soldados de su propio campo. Como señala Susan Sontag en su ensayo *Ante el dolor de los demás*: «Durante la Segunda Guerra mundial, los soldados americanos muertos siempre se presentaban acostados con la cara contra la tierra o cubierta con una mortaja. Una dignidad que no se creía necesario de otorgar a los otros» (Sontag, 2010: 38).

Generalmente, y más allá de la guerra y de la propaganda, la prensa tiene menos pudor cuando ilustra reportajes que solo incluyen a poblaciones consideradas extranjeras debido a su nacionalidad o a su cultura. «Cuanto más alejado y más exótico [sea] el lugar, más podemos mirar a los muertos y a los agonizantes de frente», agrega Susan Sontag. De nuevo este tratamiento diferenciado de las víctimas contradice el principio de universalidad, debido al chauvinismo periodístico, que tiende a preocuparse primero de sus connacionales y a descuidarse en cierta medida de los otros, mostrándolos en situaciones que pueden inspirar el desprecio.

Muchos periodistas se indignan por estas prácticas en las que la visibilidad de las víctimas es una violación de su dignidad o una forma de discriminación, pero no todos. Cuando era director europeo de información de Human Rights Watch, los carroñeros de la prensa amarilla aparecían especialmente cuando había denuncias de violaciones

sexuales masivas. Su humanitarismo repentino era una tapadera de su voyerismo.

El genocidio de los yazidíes en Siria ha mostrado, de nuevo, las carencias éticas de ciertos periodistas en busca de testimonios impactantes. Según un informe publicado en 2018, en el Women's Studies International Forum, el 85 % de las mujeres entrevistadas denunciaron prácticas periodísticas poco éticas. «Se sentían profundamente traicionadas por los periodistas que habían recogido sus testimonios y temían haber puesto en peligro a sus familias debido a la revelación de su identidad en la prensa» (Forster y Minwalla, 2018: 53-64).

Visibilizar a las víctimas puede ser una forma de desprecio o de indiferencia. En el libro *Guerras de ayer y de hoy*, que corredacta con Ramón Lobo el periodista español Mikel Ayestaran, expresaba también su indignación: «He visto mucho cinismo en la profesión. Reporteros que entran en un hospital y se ponen a fotografiar a diestro y siniestro y que no son capaces de dar la mano y preguntar el nombre del paciente. Es periodismo de tierra quemada... No van a volver a este hospital, necesitan una imagen cuanto más dramática mejor, así que la consiguen y se van. Y al siguiente tema» (Ayestaran y Lobo, 2016).

Un estudio reciente, de 2020, sobre sobrevivientes de *mass shootings* en los EE. UU. aporta una serie de datos que no pueden sino dejarnos perplejos. Entre las setenta y cinco personas entrevistadas por la investigadora y exreportera Tamara Cherry, cincuenta describieron como negativas sus interacciones con la prensa y la mitad confesó que estos intercambios habían agravado su traumatismo (Cherry, 2020).

Emoción y voyeurismo

A veces, el hecho de que se ponga el foco sobre las víctimas no significa una atención ética y humanista a sus dramas, sino la aplicación de rutinas del periodismo que recurren a los *vox pops*, entrevistas efímeras y, muchas veces, inconsistentes, sin discernimiento y explotan las emociones.

La emoción tiene su nobleza en el periodismo. Puede significar empatía y humanidad, pero puede también expresar una forma de desdén, describiendo a personas aparentemente pasivas, sin agencia, lo que contribuye a alimentar una visión de la crisis que refuerza estereotipos culturales o raciales. Igualmente, la profusión de imágenes de víctimas indiferenciadas y el exceso de visibilidad pueden generar una anestesia emocional.

La emoción puede contribuir también a despolitizar una crisis humanitaria. Y muchas crisis tienen su origen en decisiones políticas. Los refugiados climáticos, o las víctimas de ambiciones imperiales y de odios comunitarios merecen más que unas entrevistas sobre su desdicha y sus sufrimientos. Hablar de víctimas es hablar de las causas de su victimización. Ciertas crisis a primera vista son provocadas por «causas naturales» como resultado de la mala suerte, pero las crisis sin responsabilidad humana son escasas. Visibilizar a las víctimas implica un trabajo de contextualización de la tragedia, de investigación de las causas, de búsqueda de las personas y autoridades responsables. Como demuestra Samantha Power, en *Problema infernal*, su libro galardonado por el premio Pulitzer, los genocidios en Armenia, en Bosnia o Ruanda, y qué decir del Holocausto, no fueron un fenómeno de odios eternos y de violencias espontáneas, sino la aplicación fría de ideologías y políticas de exterminio (Power, 2005).

«Todos los reporteros no deben estar el en terreno buscando historias trágicas de sobrevivientes. Necesitamos estos testimonios, claro, es importante subrayar la empatía. Sin embargo, demasiadas veces los reporteros gastan tiempo y recursos limitados que podrían dedicarse a reportajes más de fondo sobre las causas y las raíces de los desastres», concluía recientemente Gilbert Gaul, un periodista estadounidense especializado en desastres y autor del libro *The Geography of Risks* (Gaul, 2002).

Individualizar a las víctimas

La visibilidad de las víctimas implica un proceso de aprendizaje de la crisis humanitaria, de sus condiciones y de su contexto. Supone un

conocimiento de los grupos e individuos implicados, de sus culturas en todos sus aspectos, incluso —y esto tiene relevancia en casos de crisis humanitarias— de sus costumbres de luto y de género. Implica estar atento a los grupos que son particularmente los blancos de la violencia bélica: las mujeres, los miembros de comunidades étnicas o religiosas discriminadas, como los yazidíes en Irak o los indígenas y afrodescendientes en Colombia.

Después vienen los códigos y las técnicas periodísticas. El código de conducta de la Cruz Roja ofrece un marco que puede inspirar la cobertura informativa sobre las víctimas.

En nuestras actividades de información, publicidad y propaganda, reconoceremos a las víctimas de desastres como seres humanos dignos y no como objetos que inspiran compasión. Nunca debe perderse el respeto por las víctimas de los desastres, que deben ser consideradas como asociadas en pie de igualdad. Al informar al público, deberemos presentar una imagen objetiva de la situación de desastre y poner de relieve las aptitudes y aspiraciones de las víctimas y no sencillamente su vulnerabilidad y sus temores (Cruz Roja, 2004).

La Carta Mundial de Ética para Periodistas adoptada por la Federación Internacional de Periodistas en Túnez, en 2019 afirma los mismos principios.

El o la periodista respetará la privacidad de las personas. Respetará la dignidad de las personas representadas, informará a los entrevistados de que sus comentarios y documentos serán publicados y mostrará especial consideración hacia los entrevistados sin experiencia y vulnerable (FIP, 2019).

Uno de estos principios, esencial, es considerar a las víctimas como personas y no como miembros indistintos de una comunidad desdichada. Son muchos los ejemplos de esta forma de periodismo con rostro humano. Por ejemplo, cuando después de los atentados del 9 de septiembre de 2001 el *New York Times* escogió hacer un homenaje individual, inspirado en la historia personal de cada una de las víctimas que habían sido identificadas. O cuando *Le Monde* publicó un perfil de cada una de las víctimas del 13 de noviembre 2015: «hacen parte de nuestro

universo, escribía. Negándonos a reducirlas a una cifra y a su estatuto de víctima, hemos querido darles una cara, contar quienes eran, devolverles su vida a través de las personas que las conocían y amaban. Instalarlas en nuestro recuerdo» (*Le Monde*, 2015). *Le Monde* precisaba que practicaba un «periodismo de empatía, nosotros los especialistas de lo negativo, los expertos de la negrura».

Miguel Angel Rodríguez García subrayaba recientemente esta individualización de la visibilización de las víctimas.

El contacto directo con la persona damnificada es piedra angular para cualquier comunicación humanitaria sobre un desastre —escribía en una columna en *El País*—. Nadie mejor que el afectado para conocer sus necesidades. Esas que tenemos que cubrir, con su ayuda y participación. No basta con hablar con el otro. Hay que oler, sentir, respirar el mismo aire, compartir el mismo lugar. Solo así, tratando de ponernos realmente en la piel del otro, podremos armar una comunicación real y creíble (Rodríguez García, 2022).

La calidad de esta visibilidad depende de una práctica periodística que respete los valores éticos. «¿Qué hago si mis jefes me piden cubrir un velorio?», se preguntaba la gran periodista mexicana Marcela Turati. «¿Cómo entrevisto a los sobrevivientes de una tragedia? ¿Existen técnicas para no retraumatizar con preguntas a gente que vivió un hecho traumático? ¿Hay antídoto para no sentirme un buitres después de cubrir desgracias? Tocar el dolor de los demás forma parte del trabajo de los periodistas y generalmente nadie nos enseña cómo hacerlo».

Hay normas profesionales que permiten responder a las preguntas de Marcela Turati. Los periodistas, por ejemplo, tienen que hacer todo lo posible para obtener el consentimiento informado de las víctimas cuando las entrevistan o fotografían. No pueden recurrir a medios desleales, como lo establece la Carta de Múnich. Las víctimas a veces tienen miedo mostrarse, dar testimonio, identificarse. Temen por su seguridad en relación a matones, militares, milicias o traficantes que pueden ejercer represalias sobre ellas o sus familias si revelan algo sobre sus actividades delincuenciales o criminales. Temen dar indicios a los servicios represivos que faciliten su trabajo de supervisión y de represión. La protección

del anonimato de las víctimas es crucial si así lo piden o si el periodista estima que esas víctimas corren riesgos que a veces no imaginan.

A este aspecto de seguridad de los testigos se añade el respeto a su dignidad. La forma de la entrevista, el ángulo de las fotografías, el tiempo y el espacio que el periodista va a otorgarle en su artículo o programa o la preocupación por no contribuir al trauma sufrido es fundamental. Las pequeñas cosas que, a primera vista parecen anecdóticas, son importantes. La veracidad de la imagen o la transcripción rigurosa de los testimonios y entrevistas son también parte de esta ética del respeto. La edición con Photoshop, de las fotos, como la modificación del encuadre o de la luminosidad de la imagen, deben responder a criterios de incremento de la verdad. La digitalización ha dado a esta cuestión ética eterna una urgencia particular (Wheeler, 2002). Es una cuestión de confianza hacia el público y hacia la víctima. «Al final, no es el fotógrafo que toma fotos, es la persona en frente de la cámara quien le da las fotos» decía Sebastiao Salgado (Campbell, 2003: 138) . Y eso merece respeto.

Puede haber diferencias en la manera de considerar el derecho de informar y de mostrar a las víctimas. A veces buenos periodistas decidirán tomar fotos sin tener el tiempo de pedir el consentimiento informado porque la urgencia es documentar y revelar la crisis. Sin embargo, antes de publicar, tendrán que interrogarse sobre la oportunidad y la decencia de hacerlo. Las deliberaciones son muchas veces difíciles y controvertidas, y abundan ejemplos de fotografías que a unos parecerán legítimas y necesarias y a otros intrusivas e inaceptables. La famosa foto de Kevin Carter, publicada en el *New York Times* en 1995, de una niña sudanesa extenuada, sola y encorvada, con un buitre al fondo, es uno de estos ejemplos que han dividido la comunidad humanitaria y periodística (Perlmutter, 1998).

Dar visibilidad, respetando los criterios que acabamos de mencionar, supone preparar a los periodistas enviados a cubrir las crisis humanitarias. Y los desafíos son múltiples:

- ¿Cómo verificar lo que cuentan las víctimas sin agregar trauma a su trauma? La veracidad y la credibilidad de los testimonios son esenciales. No solo para navegar mejor en los agitados

mares de la desinformación, sino también para poder contribuir al proceso de justicia y de lucha contra la impunidad.

Sin embargo, los testigos pueden estar confundidos, pueden olvidar cuestiones o equivocarse, pueden también mentir. El caso de Céline Galipeau, de Radio Canadá, en Kosovo, ilustra este dilema del periodismo. Durante la guerra, en 1999, esta periodista entrevistó a una refugiada quien le dijo que su marido y sus hijos habían muerto, pero cuando volvió al terreno después de la retirada serbia, entrevistó de nuevo a esta misma persona... y estaba rodeada por su marido y sus hijos. ¿Habría podido la periodista canadiense averiguar la verdad sin tener el sentimiento de que estaba incrementando el drama? El dilema es obvio, pero esta consideración humana no puede soslayar el deber de búsqueda de la verdad, «incluso cuando duele, sobre todo cuando duele», como decía el fundador del diario *Le Monde* Hubert Beuve-Méry.

- ¿Cómo guardar la distancia y el libre albedrío periodístico frente a organizaciones humanitarias que tienen su propia visión de las víctimas y estrategias políticas y organizativas para visibilizarlas? ¿Cómo no dañar operaciones humanitarias al difundir informaciones pertinentes periodísticamente pero quizá inoportunas para la eficacia de la misión humanitaria?
- ¿Cómo tratar a las víctimas de grupos enemigos con los mismos criterios de equidad y verdad? En una de sus notas en *Noyava Gazeta*, la reportera rusa Anna Politkóvskaya criticó a una gran ONG occidental porque en la guerra de Chechenia tendía a minimizar los abusos cometidos por los rebeldes separatistas para concentrar toda su atención y su indignación en las violencias cometidas por las tropas rusas, lo que consideraba «una censura concienzuda de la información para servir un único punto de vista» (Politkóvskaya, 2001: 92-93).

La «tentación del bien», como lo formuló el filósofo búlgaro-francés Tzvetan Todorov (2000) en varios ensayos, la voluntad de no herir a las víctimas, a los agredidos, es permanente en el periodismo humanitario. La equidad, el hecho de investigar

y de informar sobre los abusos cometidos por su «propio bando» o por «los buenos», es un desafío permanente y una decisión particularmente difícil, pero determina la integridad del periodismo.

- ¿Cómo armonizar visibilidad y verdad? ¿Cómo no adoptar el recurso del alarmismo, del alboroto mediático para movilizar la solidaridad internacional?
- ¿Cómo hablar de las víctimas de una manera que no las ahogue y de manera que no difumine otras voces y otros temas que son parte de una crisis? En un ensayo brillante y controvertido, dos autores franceses, Arthur Dénouveau, presidente de la Asociación de víctimas del 13 de noviembre de 2015 (los atentados en París) y Antoine Garapon, secretario general del Instituto de Altos Estudios sobre Justicia, se interrogaban sobre el papel que la sociedad y, en particular, la clase política atribuyen a las víctimas. Cuestionaban «la sacralización de las víctimas» y su asignación de «encarnar y conjurar la desgracia que puede tocar a cualquier miembro de la comunidad». Así, decían que «las víctimas no pueden sino testimoniar acerca de sus sufrimientos, lo que los medios esperan, pero al hacerlo se encierran en un papel de compasión. Los que creen celebrar a las víctimas podrían ser sus carceleros» (Dénouveau y Garapon, 2019).

Visibilizar para rendir justicia

La visibilidad no se limita al lugar y al momento del drama humanitario. Se prolonga a través de la atención otorgada a los procesos de justicia, de reparación y de rehabilitación.

Los responsables de las crisis, ya lo hemos mencionado, tratan casi siempre de encubrir sus actos y cubrir sus huellas. Por lo tanto, la visibilización de las víctimas se inscribe también en el proceso de esclarecimiento de los hechos para perseguir a los responsables de las atrocidades y rendir justicia. Entonces, las preguntas a los refugiados o víctimas van más allá de la exposición de su condición personal para tratar de

extraer información necesaria para la investigación: quién era responsable, quién mandaba, etc.

Los criterios para establecer qué testimonios pueden ser aceptados por un tribunal son más estrictos que los criterios para establecer qué testimonios pueden incluirse en una cobertura periodística. En septiembre de 2022 la Fiscalía de la Corte Penal Internacional, *Eurojust* y *Genocide Network* publicaron una guía para organizaciones de la sociedad civil y periodistas definiendo los principios y las prácticas de esta misión (Eurojust y ICC, 2022).

La profesión periodística está dividida sobre su contribución a estos procesos judiciales. Ya en los años 1990, a raíz de las guerras en los Balcanes, se discutió intensamente el tema de la comparecencia de periodistas como testigos en juicios penales. Algunos, como el corresponsal de guerra del *Washington Post* Jonathan Randal, se negaron a dar su testimonio, alegando que iba a poner en peligro a los periodistas porque estos podrían ser vistos como colaboradores de la justicia internacional (considerada como parcial por los bandos en conflicto ya de por sí hostiles a la prensa occidental). Otros, como Janine di Giovanni, ahora directora del *Reckoning Project* en Ucrania, o Ed Vullliamy, del periódico *The Guardian*, sí comparecieron ante la Justicia, estimando que los periodistas no podían eximirse de esta responsabilidad como cualquier otro ciudadano.

Un periodismo de soluciones

Hablé de la responsabilidad de informar. La *injunction to care* (el mandato de proteger) que inspira esta doctrina periodística puede también extenderse a la voluntad de encontrar soluciones para las víctimas. «Si la persona que mira mis fotografías solo siente compasión, creo que [mi objetivo] habría fallado completamente» —decía Sebastião Salgado—. «Quiero que la gente comprenda que podemos tener una solución» (Campbell, 2003: 76-77).

El objetivo de las ONG humanitarias es claramente visibilizar para atraer la atención de las autoridades, de la comunidad internacional o

suscitar la generosidad de los ciudadanos. Esto puede ser también un objetivo del periodismo, como lo sugiere Marcela Turati, que ha hecho tanto para darles un nombre y una dignidad a las personas desaparecidas en México, más de 100 000 desde el 2006, con el proyecto «A dónde van los desaparecidos» (VV. AA., s.f.).

En una conferencia en la Universidad Iberoamericana de México en octubre de 2017, esta periodista proponía:

Una cobertura profunda, que aborde temas estratégicos, que sea consistente y terca en el seguimiento, que explique las causas y aborde soluciones, que se refiera a derechos y no a dádivas, que aporte elementos para la reflexión, mueva a la acción e inspire cambios sociales. Hay que saber dar las noticias para que no paralicen, para que inviten a la acción, para que la denuncia no se quede en mera denuncia, sino que sea una invitación para construir algo diferente (Turati, en Rendón, 2017).

Les dejo con esta brillante definición del periodismo comprometido con la verdad y la justicia.

Bibliografía

- ACNUDH MYANMAR, *UN experts condemn military's «digital dictatorship»*, 7 de junio de 2022.
- BELL, M. (1996), *In Harm's Way. Reflections of a War Zone Thug*, Londres: Penguin Books.
- BEHR, E. (1978), *Anyone here been raped and speaks English?* Londres: Hamish Hamilton.
- BOAL, M. (2011), «The Kill Team: How U.S. Soldiers in Afghanistan Murdered Innocent Civilians». *Rolling Stone*, 28 de marzo. <https://www.rollingstone.com/politics/politics-news/the-kill-team-how-u-s-soldiers-in-afghanistan-murdered-innocent-civilians-169793/>
- BOGERT, C. (2004), «Another Africa Calamity. Will the Media Slumber On?». *Los Angeles Times*.
- CAMPBELL, D. (2003), «Salgado and the Sahel. Documentary Photography and the Imagining of Famine», en *Rituals of Mediation: International Politics*

- and Social Meaning*, Francois Debrix and Cindy Weber (eds.), Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 76-77.
- CALAF, R. M. (2021), «Prólogo», en SANCHA, N. (coord.), *Balas para todas. Seis mujeres periodistas en Oriente Medio y el Magreb*. Madrid: Larrad, p. 11.
- CAPARRÓS, M. Y A. MORALES (2020), «El viejo periodismo», *Voces 5W*.
- CHALMERS, J. (2022), *Special Report: How Myanmar punished two reporters for uncovering an atrocity*, Reuters, 3 de septiembre. Recuperado de: <https://www.reuters.com/article/us-myanmar-journalists-trial-specialreport/USKCN1LJ167>
- CHERRY, T. (2020), *Trauma Journalism*. Recuperado de: https://www.cjr.org/special_report/tamara-cherry-trauma-journalism.php
- CRUZ ROJA, *Crisis Humanitarias Olvidadas*, s.f. Recuperado de: <https://www2.cruzroja.es/web/ahora/crisis-humanitarias-olvidadas>
- _____ (2004), *Código de conducta relativo al socorro en casos de desastre para el Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja y las Organizaciones No Gubernamentales*.
- EUROJUST Y ICC (2022), *Documenting international crimes and violations of human rights for prosecution purposes, Guidelines for civil society organizations*, La Haya. Recuperado de: <https://www.eurojust.europa.eu/sites/default/files/assets/eurojust-icc-csos-guidelines.pdf>
- FEDERACIÓN INTERNACIONAL DE PERIODISTAS, *Carta Mundial de Ética para Periodistas*. Recuperado de: <https://www.ifj.org/es/quien/reglas-y-politica/carta-mundial-de-etica-para-periodistas.html>
- FERRARI, J. y O. ROHE (2015), *A fendre le coeur le plus dur*. París: Babel.
- FORSTER, H. E. Y S. MINWALLA (2018), «Voices of Yazidi women: perceptions of journalistic practices in the reporting on ISIS sexual violence». *Women's Studies International Forum*, vol. 67, marzo-abril.
- FRALON, J.-A. (2019), *Le journalisme avant Internet. Au temps fou des grands reporters*. París: La Tengo Editions.
- FREEDLAND, J. (2022), *The Escape Artist: The Man Who Broke out of Auschwitz to Warn the World*. New York: Harper Collins.
- GILBERT, M. G. (2022), «As journalists we need to change the way we cover disaster». *Nieman Reports*, Harvard University, 17 octubre. <https://nieman-reports.org/articles/disaster-coverage-climate/>

- GOWING, N. (2009), «Skyful of Lies' & Black Swans: The new tyranny of shifting information power in crises». *Reuters Institute for the Study of Journalism*, Oxford University, 11 de mayo.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, S. (2009), *El hombre sin cabeza*, Barcelona: Anagrama.
- HEYDECKER, J. (1981), *Where is thy brother Abel? Documentary Photographs of the Warsaw Ghetto*. São Paulo: Atlantis Livros.
- LE CAISNE, G. (2015), *Opération César. Au coeur de la machine de mort syrienne*. París: Stock.
- Le Monde* (1992), «La guerre dans l'ex-Yougoslavie La querelle entre M. Boutros-Ghali et le Conseil de sécurité s'envenime». *Le Monde*, 24 de julio.
- Le Monde* (2015), en *Mémoire*. https://www.lemonde.fr/attaques-a-paris/visuel/2015/11/25/enmemoire_4817200_4809495.html, 17 de diciembre.
- LEVY-WILLARD, A. (2009), «Commandos nazis de la mort: images inimaginables». *Libération*, 16 de abril. https://www.liberation.fr/medias/2009/04/16/commandos-nazis-de-la-mort-images-inimaginables_552992/
- LIVINGSTON, S. y A. MUSABENDE (2019), «Advanced digital technology and genocide and máss atrocities prevention». En THOMPSON, A. (ed.), *Media and Máss Atrocity. The Rwanda Genocide and Beyond*. Waterloo (CA): Centre for International Governance Innovation.
- MOELLER, S. D. (1999), *Compassion Fatigue: How the Media Sell Disease. Famine. War and Death*. Londres: Routledge.
- NÓCHEZ, M. L. (2022), «Yo vi los cuerpos, vi El Mozote y hablé con los sobrevivientes». *El Faro*, 7 de noviembre.
- PERLMUTTER, D. D. (1998), *Photojournalism and Foreign Policy. Icons of Outrage in International Crises*. Saint Barbe (CA): Praeger Publishers.
- POLITKOVSKAYA, A. (2001), *A Dirty War. A Russian Reporter in Chechnya*. Londres: Harvill Press, pp. 92-93.
- POWERS, M. (2018), «NGOs as Newsmakers. The Changing Landscape of International News». *Reuters Institute Global Journalism Series*. New York: Columbia University Press.
- POWER, S. (2005), *Problema infernal. Estados Unidos en la era del genocidio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2020), *The Education of an Idealist*. Londres: William Collins.
- PULITZER PRIZE. *Statement on Walter Duranty's 1932 Prize*, s.f. Recuperado de <https://www.pulitzer.org/news/statement-walter-duranty>

- REDACCIÓN ROLLING STONE (2011), «The Kill Team Photos. More war crime images the Pentagon doesn't want you to see». *Rolling Stone*, 28 de marzo, <https://www.rollingstone.com/politics/politics-lists/the-kill-team-photos-10864/>
- RENDON, P. (2017), *La violencia en México volvió a los periodistas corresponsales de guerra en su propia tierra: Marcela Turati*. Ciudad de México: Ibero. 6 de octubre, recuperado de: <https://ibero.mx/prensa/violencia-en-mexico-volvio-los-periodistas-corresponsales-de-guerra-en-su-propia-tierra-marcela-turati>
- RODRÍGUEZ GARCÍA, M. Á. (2022), «Contar bien las crisis humanitarias», *El País*, 21 junio. <https://elpais.com/planeta-futuro/red-de-expertos/2022-06-21/contar-bien-las-crisis-humanitarias.html>
- SCHILL, P. (2018), *Réveiller l'archive d'une guerre coloniale*. Saint-Étienne: Creaphis Editions.
- SHAPIRO, R. M. (2033), *Why didn't the Press Shout? American and International Journalism During the Holocaust*. Nueva York: Yeshiva University.
- SONTAG, S. (2010), *Ante el dolor de los demás*. Barcelona: Debolsillo.
- THOMPSON, A. (ed.) (2019), *Media and Más Atrocity. The Rwanda Genocide and Beyond*. Waterloo (CA): Centre for International Governance Innovation.
- TODOROV, T. (2000), *Mémoire du mal, Tentation du bien: enquête sur le siècle*. París: Robert Laffont.
- TURATI, M. (2014), *Seminario web: ¿Cómo se cubre el dolor?* Colombia: Fundación Gabo. Recuperado de: <https://fundaciongabo.org/es/seminario-web-como-se-cubre-el-dolor-con-marcela-turati>
- VASHEM, Y. (s.f.), *Leghetto de Theresienstadt*. Recuperado de: <https://www.yad-vashem.org/fr/shoah/a-propos/ghettos/theresienstadt.html>
- VV. AA., *A dónde van los desaparecidos*, s.f. <https://adondevanlosdesaparecidos.org/>
- WALSH, D. (2022), «After Secret U.S. Talks Fail, a Hidden War in Africa Rapidly Escalates». *The New York Times*, 8 de octubre.
- WHEELER, T. H. (2002), *Phototruth or Photofiction. Ethics and Media Imagery in the Digital Age*. Londres: Routledge.